HARLEQUIN

Deseo™



Joyas de pasión

EMILY McKAY



Joyas de pasión

EMILY McKAY



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2010 Emily McKaskle. Todos los derechos reservados.
JOYAS DE PASIÓN, N.º 1713 - marzo 2010
Título original: Affair with the Rebel Heiress
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2010

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8323-8
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo Uno

Kitty Biedermann odiaba Texas.

Ese único pensamiento había reverberado en su cabeza desde que la auxiliar de vuelo había pronunciado las palabras «aterrizaje no programado en Midland, Texas» hasta ese momento, cinco horas después, cuando se encontraba sentada en el bar de al lado del sucio motel en el que se vería obligada a pasar la noche.

La última vez que había estado en Texas su novio la había dejado. Desde luego, no había sido cualquier novio. Había sido el hombre al que había escogido para salvar Joyas Biedermann de la ruina económica. De modo que el hecho de que la dejara plantaba no había representado únicamente una humillación pública o un corazón roto. Significaba el fin de Joyas Biedermann. De manera que resultaba comprensible que albergara cierto rencor, no sólo contra Derek Messina, sino contra todo el condenado Estado.

Desde entonces, su situación había pasado de mal, a peor a desesperada. Había necesitado a Derek.

Desde pequeña la habían criado con un único propósito: conseguir un marido con la inteligencia y la pericia empresarial para dirigir Biedermann. Cuando Derek no la había querido, se había mantenido imperturbable. Pero en ese momento, después de seis meses de buscar entre todos los solteros disponibles y

heterosexuales que conocía, empezaba a sentirse... perturbada.

Con ese último viaje a Palm Beach, había estado buscando en el fondo del barril. Geoffrey apenas tenía dos neuronas en funcionamiento, pero al menos sabía leer, escribir y estaba magnífico con traje. Pero a pesar de lo pobres que habían sido sus credenciales, no la había querido.

Biedermann lo era todo para ella. Se le estaba escurriendo de los dedos y parecía que no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

En ese momento, con los codos apoyados en la pegajosa barra y el mentón sobre las palmas de las manos, tenía la vista clavada en el fondo verde oscuro de la copa de margarita. Una vida entera de hacer planes se estaba desmoronando. ¿Había tocado fondo?

La desesperación le provocó un nudo en la garganta. De inmediato se irguió y parpadeó sorprendida. No era propensa a los arrebatos de autocompasión. Y nunca en público.

Contempló otra vez la copa y se preguntó qué llevaría el cóctel. Después de dos simples tragos no podía sucumbir a semejantes emociones sensibleras.

Seguía estudiando el contenido de la copa cuando alzó la vista, miró hacia la puerta y lo vio entrar.

Fue como si alguien le echara un cubo de agua helada. Cada célula de su cuerpo cobró vida en respuesta visceral. El desconocido era alto y delgado, de algún modo logrando parecer desgarbado y con una buena complexión física al mismo tiempo. Llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta que se tensaba sobre sus hombros, pero le quedaba holgada en torno a los abdominales. Sobre la cabeza lucía un sombrero Stetson

ladeado, pero calzaba unas botas de trabajo en vez de las habituales botas vaqueras que cabría esperar.

Su primer pensamiento, cuando pudo volver a pensar, fue: «Éste sí es un vaquero. Éste es el hombre con el que fantasean todas las mujeres del mundo». Era un hombre en el sentido más básico y más masculino.

Incluso desde el otro extremo, su cuerpo respondió a él de forma instantánea, bombeándole endorfinas hasta la punta de los dedos de los pies. Le resultó gracioso, porque siempre había preferido hombres sofisticados, bien arreglados y educados.

De hecho, se hallaba tan distraída por el misterioso vaquero que acababa de entrar que no se dio cuenta del otro hombre que se le acercó. La mano áspera sobre su brazo fue el primer indicio que tuvo de que alguien había ocupado el taburete al lado del suyo. Al girar, vio que la mano pertenecía a un sujeto que no podría haber sido más diferente que el vaquero que había captado su atención. Ese hombre era bajo y... regordete. Calvo excepto por unos escuetos mechones de pelo largo peinados una y otra vez y aplastados por lo que esperó que fuera algún producto fijador de peluquería. Tenía las mejillas rosadas y una nariz bulbosa. Parecía vagamente familiar, aunque era imposible que lo hubiera conocido con anterioridad.

–Vaya, hola –le acarició el brazo–. ¿Qué te parece si nos tomamos algo frío y vamos a dar unas vueltas?

Apenas pudo contener un escalofrío de disgusto por el contacto. Intentó liberarse, pero la había arrinconado entre la barra y la mujer que ocupaba el taburete a su espalda.

¿Por qué le frotaba el brazo de esa manera? ¿Es que conocía a ese hombre? Después de todo, sí parecía familiar.

–¿Quieres dar unas vueltas alrededor del salón?

–¿Unas vueltas alrededor de qué? –preguntó con sinceridad, sin entenderlo. Hablaba cuatro idiomas, pero entre ellos no figuraba el texano.

El hombre frunció el ceño.

–¿Te burlas de mí?

–No –protestó. Por desgracia, fue entonces cuando recordó de dónde lo conocía–. ¡Elmer Gruñón! –soltó–. ¡Te pareces a Elmer Gruñón!

Por lo general, no habría dicho nada, pero ya se había bebido dos de esos margaritas cargados y lo único que había comido habían sido dos bolsitas de cacahuetes de la compañía aérea. De modo que tenía la lengua más suelta.

Las facciones regordetas mostraron indignación. Ceñudo, se inclinó hacia ella.

–¿Qué... me has llamado?

–No... no pretendía que fuera un insulto.

–Te estás burlando de mí –la cara del hombre se puso roja y lo único que consiguió fue aumentar el parecido con el dibujo animado.

–¡No! Yo... yo... yo...

Ella, que casi siempre sabía qué decir y que, para bien o para mal, era capaz de salir de cualquier situación, estaba sin habla.

Involuntariamente había ofendido e insultado a un hombre que probablemente iba armado. Iba a morir. Sola. Desgraciada. En Texas. Asesinada por un arrebato de ira. Por un hombre parecido a Elmer Gruñón.

***

Ford Langley vio problemas en el instante en que entró en El Pozo Seco, su bar predilecto de Midland.

Era la clase de tugurio al que desde hacía más de sesenta años iban los trabajadores itinerantes y de los campos petrolíferos. Desde que la rama Energía Verde de FMJ, la empresa de Ford, había alquilado tierras a mucha gente de la zona para las turbinas de viento que fabricaban, suponía que todos sabían quién era y hasta dónde llegaba su fortuna. Simplemente, no les importaba. Con franqueza, le parecía un alivio que en el mundo aún existieran sitios como ése.

Sin embargo, no era la clase de lugar para mujeres que llevaban trajes de alta costura y zapatos de marca. Ford tenía tres hermanas con gustos caros. Sabía reconocer un par de zapatos de quinientos dólares cuando los veía.

La mujer sentada al bar estaba fuera de lugar. Se acercó justo a tiempo de oír a Dale acusarla de mofarse de él. Nunca antes la había visto por allí. Iba al Pozo casi todas las veces que estaba de visita en Midland y sin lugar a dudas la habría recordado.

Tenía un cabello lustroso y tupido, piernas largas enfundadas en medias de seda, lápiz de labios rojo brillante, un atractivo sexual devastador. Parecía una de esas mujeres que entran en el despacho del detective privado en las películas de serie negra de los años cuarenta. Pero irradiaba la dosis suficiente de inocencia que hacía que un hombre quisiera salvarla. A pesar de que su instinto le decía que sólo se metería en problemas por sus esfuerzos.

Y para empeorar las cosas, hablaba con Dale Martin, quien Ford sabía que acababa de pasar por un divorcio complicado. Sin duda Dale había ido al Pozo en busca de lo que el local mejor proporcionaba: bebida, grescas y aventuras de una noche. A juzgar por lo fuera de lugar que parecía la mujer, pudo adivinar lo que Dale iba a conseguir.

Cuando oyó el marcado acento de Dale elevarse por encima de la máquina de música, Ford avanzó entre la multitud con la esperanza de poder cortar los problemas antes de que crecieran.

Le pasó un brazo por los hombros a la mujer. Ésta intentó soltarse, pero la mantuvo junto a él con firmeza.

–Voy a...

–Dale, amigo –empezó antes de que ella pudiera arruinar sus esfuerzos–, veo que has conocido a mi acompañante –miró fijamente a la mujer con la esperanza de que captara su intención y dejara de tratar de escabullirse–. Cariño, ¿te has presentado a mi colega, Dale?

–Me llamo Kitty –espetó.

Dale los miraba con una expresión de claro desconcierto. Algo que a Ford le pareció estupendo, ya que era mejor que estuviera confuso que enfadado.

–Correcto, encanto –le apretó el hombro. Guiñándole un ojo a Dale, añadió–: Kitty es de las feministas.

Ella parpadeó, como si le costara mantener el ritmo de la conversación.

–Insistir en que se me llame por mi nombre y no por un término cariñoso genérico no me convierte en...

–También es un poco quisquillosa –teniendo en cuenta su acento, emitió una conjetura–: Ya sabes cómo son las yanquis, Dale.

–No soy quisquillosa –protestó.

Pero con el último comentario de Ford, el rostro de Dale exhibió una sonrisa y al oír su protesta, soltó una carcajada, al parecer olvidadas ya las ofensas. Después de todo, se trataba de una yanqui y evidentemente no se podía esperar otra cosa de ellas.

Con Dale bastante distraído, Ford sacó a la deliciosa Kitty de su taburete y la condujo a la pista de baile atestada del Pozo.

–Vamos. ¿Por qué no me enseñas qué puedes hacer con esos elegantes zapatos que llevas, encanto? –le guiñó un ojo a Dale y rió cuando ella soltó una protesta indignada.

Al quedar fuera del alcance auditivo del otro hombre, volvió a tratar de apartarse de él.

–Gracias, pero yo sola podría haber manejado la situación. Así que no puedes esperar en serio que baile contigo.

–Claro que sí. Dale nos mira.

Antes de que pudiera emitir más protestas, la sacó a la pista y la encerró en sus brazos. En cuanto sintió el cuerpo de ella contra el suyo tuvo que preguntarse con franqueza si había intervenido para evitar una pelea o en todo momento había anhelado eso.

Era más alta que la impresión que había dado sentada en el taburete. Con los tacones, la cabeza le sobrepasaba el mentón, algo raro, ya que empequeñecía a la mayoría de las mujeres. Tal como había sospechado, el traje ocultaba una figura deliciosamente curvilínea sin ser regordeta. Era una mujer voluptuosa.

Sintió el aguijonazo del deseo en las entrañas. Llevaba una vida social activa en San Francisco. Como resultado de ello, elegía cuidadosamente a sus amantes por la discreción, la sofisticación y la falta de expectativas. Tenía suficientes responsabilidades sin cargarse con una esposa.

Por desgracia, habían pasado seis meses desde que su anterior acompañante, Rochelle, había ido a comer con una amiga que tenía hijos y había regresado soñando con pañales. Había esquivado esa bala y no había tenido prisa por encontrar a alguien que la sustituyera. Lo que sin duda explicaba la poderosa reacción ante esa mujer... Kitty, había dicho que se llamaba.

Kitty jamás se había encontrado en una situación semejante. Desde luego, a menudo bailaba con hombres a los que acababa de conocer. Pero solía conocer muy bien la escena social de Manhattan. Por ello, generalmente estaba al corriente del patrimonio, la historia familiar y las inclinaciones sexuales de cada varón presente.

Lo que algunos podían considerar simple cotilleo, ella la consideraba su obligación profesional. No se encontraba en posición de salir, casarse o siquiera fijarse en un hombre que no pudiera aportar una fortuna personal a la tesorería de su familia. Por desgracia, desde que Suzy Snark la había puesto en su punto de mira, encontrar un marido rico se había vuelto cada vez más difícil. Derek había sido la elección perfecta. Hasta que se había enamorado de otra.

Pero la verdad era que estaba cansada de planificar cada uno de sus movimientos. Ese desconocido con el que bailaba, ese vaquero, ese hombre al que

nunca volvería a ver después de esa noche, le aceleraba el pulso.

Desde que lo vio entrar en el local hasta el instante en que le pegó el cuerpo al suyo, se había sentido más viva que en meses. Años, quizá.

De algún modo, su fragancia, masculina e intensa, le llegó por encima del hedor a humo de tabaco y a cerveza barata. Tenía los hombros y los brazos firmes y musculosos sin ser voluminosos. El físico de un hombre que trabajaba para vivir. Que alzaba cosas pesadas y sostenía cargas masivas. Sentía su mano algo áspera. Se trataba de un hombre que jamás se había hecho una manicura, que nunca había tomado una clase de Pilates y que probablemente no tuviera un traje.

En resumidas cuentas, era un hombre de verdad. A diferencia de los hombres caprichosos que conocía, la mayoría de los cuales, lamentaba reconocer, resultaban agradables, pero un poco... un poco afeminados. Y hasta ese momento jamás se había dado cuenta de que eso le molestaba. Jamás había sabido que había querido otra cosa.

Tenía la cara a simples centímetros de su camisa y tuvo que luchar contra el súbito impulso de enterrar la nariz en su torso. De frotar la mejilla contra su esternón como una gata marcando territorio.

No es que pensara actuar de esa manera. Una aventura de una noche en absoluto formaba parte de su plan de cinco años.

–Ni siquiera sé cómo te llamas –musitó en voz alta.

–Ford –murmuró él en su oído.

Ella contuvo un escalofrío.

–¿Como el coche? –preguntó.

Él rió entre dientes.

–Sí. Como el coche.

Hasta su nombre era masculino. Habría deseado que tuviera uno un poco más andrógino. Como Gene o Pat. O BMW.

No consiguió contener una risita.

–Estás imaginando que mi nombre podría haber sido otra marca de coche, ¿verdad?

Lo miró a los ojos.

–¿Cómo lo has sabido?

–Es bastante común. La gente por lo general piensa dos cosas y tú parecías del tipo de las que se pregunta: «¿Y si lo hubieran bautizado Chevy?».

–¿Me estás diciendo que soy predecible? –a pesar de que reinaba una luz tenue, pudo ver que sus ojos eran de un marrón whisky. Y tan embriagadores como el tequila de su margarita.

–En absoluto –la tranquilizó–. Podrías haber estado pensando en Dodge.

–En realidad, pensé en BMW. No te veo como algo tan ruidoso como un Dodge –¿acaso coqueteaba con él? ¿Qué le pasaba?

–De modo que eres una mujer que aprecia la ingeniería de precisión.

«En realidad, soy una mujer que aprecia la precisión en todo».

Las palabras bailaron en la punta de su lengua. Menos mal que se las tragó.

–¿Y cuál es la segunda? –preguntó a cambio.

–¿Segunda qué?

–Has dicho que por lo general la gente piensa en dos cosas. Si la primera es en nombre de coches, entonces, ¿cuál es la segunda?

Sonrió.

–Se preguntan si fui concebido en el asiento trasero de un Ford.

Le pareció ver un ligero rubor en su cara y se cuestionó si se sentiría abochornado.

–¿Y fue así?

–Es una pregunta –afirmó– que jamás tuve el suficiente valor de hacerle a mis padres –los dos rieron y luego él añadió–: Pero tengo tres hermanas que no se llaman Colchón, Mesa de Cocina y Sofá, así que creo que creo que estoy seguro.

Tuvo ganas de preguntarle cómo se llamaban sus hermanas, pero se detuvo. De algún modo, eso le pareció inapropiado. Más personal incluso que la charla sobre su concepción. No lo conocía. No quería conocerlo durante más tiempo que la duración de esa canción. Los detalles personales como los nombres de sus hermanas no importaban. De modo que cedió a la tentación de apoyar la mejilla contra la pared fuerte de su torso y respiró hondo.

Pasado un momento, Ford comentó:

–Espero que no juzgues a Dale muy duramente.

–¿Dale?

–El hombre que te estaba molestando.

–Ah. Él –ya había olvidado que existía.

–Ha pasado por un divorcio duro. Su mujer lo dejó por un chico de veintitrés años.

–Eso tiene que ser difícil para el ego.

–Exacto. Razón por la que últimamente ha estado un poco irritable. Pero, ¿qué fue lo que le dijiste que lo puso tan furioso?

Titubeó antes de contestarle.

–Que se parecía a Elmer Gruñón.

Ford dio la impresión de contener una carcajada.

–No imagino por qué se ofendió por eso. A todo el mundo le cae bien Elmer Gruñón.

–¡Es lo que intentaba decirle!

Los dos rieron entre dientes.

Pero entonces ella alzó la vista y todas sus terminales nerviosas hormiguearon en anticipación. Un deseo ardiente y denso le recorrió el cuerpo. Sentía pesada hasta la piel. Los muslos irradiaban calor.

¿Quién habría podido imaginar que una risa podía resultar tan excitante?

Dejaron de bailar. La ridícula sonrisa por un instante pareció pegada en su cara, pero se desvaneció bajo la intensidad de la mirada de él. Antes de poder detenerse a pensar, movió los dedos a la sien de él para apartarle unos mechones de pelo rebelde.

Ford le tomó la mano y carraspeó. Kitty esperó que dijera algo, quizá algo gracioso, que aligerara la tensión entre ellos, pero guardó silencio.

Jamás habría imaginado que podría experimentar esa necesidad lujuriosa por un desconocido. Y encima un vaquero. Un texano. Cuando había jurado que nunca más volvería a pisar ese condenado Estado.

Entonces lo entendió. Esa noche, ese momento y ese lugar, estaban fuera del tiempo. Jamás se encontraría de nuevo allí. Jamás volvería a verlo.

En ese lugar extraño, con ese hombre al que no conocía, disfrutaba de completa inmunidad. De libertad de su vida bien planificada. De las rutinas y expectativas de sí misma.

Esa noche podía hacer lo que le apeteciera sin ninguna consecuencia. Se podía permitir realizar lo que normalmente nunca haría. Podía ser estúpida y temeraria.